

De abejas y otros bichos

Muchos consideran la abeja como una pequeña molestia vinculada al buen tiempo sin tener en cuenta, que la existencia de estos laboriosos insectos hace posible que muchos de nuestros alimentos preferidos lleguen a nuestra mesa en cantidad y a precios razonables.

No solo más de un centenar de los alimentos que directamente consumimos sino también otros muchos que alimentan al ganado que después forman parte de nuestra dieta dependen de la polinización o ven su producción incrementada por ella. El impacto económico de la polinización, solo en los estados unidos, se valora entre 30 y 60 billones de dólares anuales.

Si bien muchos insectos e incluso algunos pequeños pájaros como el colibrí realizan una importante labor polinizadora, ninguno alcanza la eficacia de la abeja melífera, eficacia que deriva tanto de su perfecta asociación con las flores, de las que obtiene las proteínas: polen; y los hidratos de carbono: miel; como del hecho de que constituyen un superorganismo de más de 50.000 individuos ávidos de alimento.

Se cree que las primeras abejas y flores se remontan a unos cien millones de años. Aunque las abejas no fosilizan adecuadamente, se han encontrado restos conservados en ámbar de desdichadas abejas atrapadas por esta secreción resinosa de las coníferas, de unos 60 millones de años de antigüedad.

Estas lejanas antecesoras eran muy similares morfológicamente a las abejas de hoy y afortunadamente superaron la apocalíptica extinción del cretácico provocada por el impacto de un meteorito en la península del Yucatán que acabó con los dinosaurios y la mayor parte de la vida del planeta.

Esta afortunada supervivencia permitió la posterior evolución de la abeja hacia un organismo social más complejo y a una larga historia de interdependencia con las flores que ha permanecido hasta nuestros días. Muy bien podemos afirmar, no solo que los polinizadores y especialmente las abejas dieron forma al mundo que conocemos, sino también que la especie humana surgió, se desarrolló y se benefició de un entorno que estas jardineras del planeta ayudaron a configurar de modo muy importante.



Dibujo prehistórico de un apicultor recolectando miel

No es difícil imaginar a estos primitivos homínidos degustando la miel por primera vez tras recoger un panal en un árbol derribado por un rayo o por el viento o de una colonia muerta por una enfermedad invernal. Hoy el desarrollo de la industria azucarera nos permite obtener hidratos de carbono prácticamente puros, pero hasta no hace mucho tiempo no había en la naturaleza nada similar a la miel con más de un 80% de azúcares en su composición, de modo que a lo largo de la historia, la miel se convirtió en un alimento casi-mágico ó sagrado como así lo refrendan las muchas referencias a la misma en tantos textos religiosos y literarios.

La miel, evidentemente, nunca constituyó un elemento importante de la dieta humana, dada su escasez y dificultad para conseguirla no paso de ser lo que hoy denominamos como una delicatesen, pero las abejas han interpretado e interpretan un papel importante en el escenario de la alimentación humana por su contribución a más y mejores frutos.

Einstein probablemente exagero cuando dijo “si las abejas desaparecieran de la faz de la tierra, al hombre le quedarían solo cuatro años de vida”, pero no es pretencioso decir cuán importante pudieron

ser las abejas en los albores de la humanidad, cuando en algunos periodos una dieta frutivora podía ser fundamental para la supervivencia. En lo que respecta a nuestra época, el exitoso cumplimiento del mandato divino “creced y multiplicaos hasta que no quepa un alfiler”, requiere año tras año un incremento en la producción de alimentos y las abejas contribuyen en un aumento del 30% en la producción de los mismos y además fundamentalmente en aquellos que tienen más valor añadido: frutas y hortalizas.

Hay mucho camino por recorrer y poco tiempo para hacerlo para que la humanidad adquiera conciencia de los enormes retos que el futuro próximo nos presenta, la crisis económica ha derivado las preocupaciones medioambientales sociales y políticas hacia asuntos, digamos más prosaicos o pragmáticos. Evidentemente uno no se preocupa de lo que sucederá en 10 años cuando no tiene asegurada su subsistencia diaria y a veces me pregunto si oscuros intereses posponen las decisiones políticas que pudieran mejorar nuestras vidas en beneficio de la codicia de unos pocos y si la supuesta crisis no pudiera ser sino una estrategia de los poderosos del mundo: oligopolios energético, alimentación, farmacéutico etc. que para conservar sus poco cristianos privilegios persiguen mantenernos en el temor, como ya aventuro George Orwell en su libro “1984” y en la sumisión que se deriva de la ignorancia y la desinformación(“ la verdad os hará libres” San Pablo).

Parecerá a algunos que este alegato, poco o nada tiene que ver con el asunto de las abejas tratado previamente pero creo que la mayoría tendrá la altura moral y la capacidad intelectual para comprender la conexión íntima de todo lo que acontece en nuestro mundo y la urgente necesidad de acciones individuales y sociales que permitan la supervivencia de nuestro planeta y que mejore la vida de los seres humanos. Claro que para eso habría que empezar por desterrar a tantos políticos que fundamentan sus impopulares decisiones en el pragmatismo y si, ciertamente son prácticos, pero consigo mismos. Llenando sus bolsillos con las prebendas de los poderosos del mundo se comportan como lacayos y han vaciado de contenido la función política. Espero que en un futuro no muy lejano sigamos el consejo de Platón en su libro La República: “elegir para que os gobiernen a los más honrados y vigilarlos como si fueran los más sinvergüenzas”.

A pesar de que algunos gobiernos, con sus hechos se adhieren a los negacionistas del cambio climático (como nuestros últimos gobiernos con sus recortes a las energías limpias y su propagación de mentiras que culpabilizan a estas del incremento de la factura eléctrica) la evidencia, los datos objetivos de subida de las temperaturas (8 de los 10 años más calurosos están entre los trece últimos) han hecho que la marea de preocupación por la salud y el futuro de nuestro planeta haya ido “in crescendo” en los últimos años y en esta marea como una ola destacándose sobre las otras olas: la preocupación por la desaparición de las abejas, bautizada con el nombre de CCD (desorden del colapso de las colmenas). De repente, a todo lo largo y ancho del planeta las habituales pérdidas de colonias de abejas durante el invierno pasaron del 10% hasta un 30 e incluso en algunos lugares hasta el 50% llenando de inquietud tanto a los apicultores, los agricultores que necesitan las abejas en sus cultivos, políticos y ciudadanos en general, dando lugar en muchos países (no en España especialmente) a acciones gubernamentales encaminadas a solventar el problema mediante la aportación de partidas presupuestarias en el ámbito de: investigación, mantenimiento de cabaña apícola, promoción de cultivos ornamentales y comerciales de interés para las abejas, prácticas agrícolas con respeto de márgenes y últimamente ante la gran presión internacional con la moratoria en Europa del uso de los pesticidas inmunodepresores de última generación llamados neonicotinoides que parecen ser junto al cambio climático y los monocultivos el principal enemigo de las abejas según constatan



experimentos llevados a cabo por laboratorios independientes de los utilizados por las grandes empresas del sector agroquímico, los cuales no encuentran nunca nada peligroso siguiendo el principio mantenido por los directivos de una gran empresa americana “la salud pública nunca debe ser un motivo para perder un solo dólar”. Y según constatan los apicultores afectados, conocimiento empírico comúnmente desdeñado por los supuestos expertos afectados como nadie y por motivos obvios de la epidemia de titulitis que padecemos.

Esta preocupación por la desaparición de las abejas que como hemos dicho no es sino una manifestación concreta, estrechamente relacionada con la preocupación por la salud de nuestro planeta ha tenido curiosas consecuencias.

En el Reino Unido una abundante nueva generación de apicultores aficionados ha surgido, la apicultura urbana-siempre existente en Londres- ha alcanzado un nuevo vigor y ya hay cerca de 5000 colmenas en los tejados y jardines de la ciudad. Siguiendo el ejemplo de Londres y obviamente en muchos casos buscando réditos políticos ante la popular oleada de simpatía por las abejas, los ayuntamientos de muchas ciudades de Europa y Estados Unidos han elaborado normativas para la práctica de la apicultura urbana.

Empresas del sector agrícola exhiben en su propaganda el logotipo BFF (agricultores amistosos con las abejas) otorgado por las asociaciones de apicultores en California y otros lugares de Estados Unidos y Europa.

Empresas del sector de la transformación y venta de alimentos distribuyen entre los agricultores a los que van a comprar el trigo unas semillas genéricamente denominadas “melíferas” con el compromiso de que sembraran un 5% de sus tierras con ellas.



Colmenas en el tejado del Museo de Arte Moderno de Fránfort

Hoteles en Londres, París, Nueva York etc. tienen colmenas en sus tejados y sirven a sus clientes la miel que producen.

Mientras que esto acontece a lo largo del mundo, en España y como de costumbre estamos lejos de conseguir un interés y una preocupación similar. Resulta desconcertante comprobar cómo agricultores cuya economía va a verse clara y notablemente favorecida por las abejas las desdeñan con una actitud alegre y socarrona tras la que no se esconde sino una gran ignorancia y una falta de espíritu cooperativo muy habitual en España, en todos los ámbitos, que tanto nos empobrece.

También muchos cazadores se sienten incómodos con la presencia de abejas en sus lugares de caza, desconociendo cuán beneficiosa las abejas resultan para la polinización de frutos silvestres que sirven de alimento y sostén para la fauna silvestre.

Aunque no sea generalizado, es bastante habitual esgrimir con naturalidad lo que en otros países causaría vergüenza “el rechazo a las abejas” y los apicultores podemos constatar la existencia de una preocupante pandemia de supuestos alérgicos.

La vida es un “rara avis” en el cosmos, tenemos la fortuna de habitar un mundo maravilloso y tenemos el deber de conservarlo y transmitirlo a las futuras generaciones.

Juan Carlos Merino